

le oímos decir: *Mi hijo estaba muerto y ha resucitado; se había perdido y acaba de parecer!* ¡Qué divinos consuelos experimentará entonces vuestra alma! Los espíritus que están al rededor del trono de Dios, solemnizarán este feliz día con cánticos celestiales; los santos que habitan en la tierra bendecirán las riquezas de la divina misericordia; aun los mismos pecadores admirarán vuestra mudanza y seguirán el ejemplo de vuestra penitencia. ¡Ojalá os moviérais, amados oyentes míos, con unos motivos tan poderosos! y vos, ¡oh Dios mío! haced que no sean vanos mis deseos; oid las ansias de mi corazón y mis ardientes votos por la salvación de mis hermanos, y derramad sobre los pecadores que me oyen un espíritu de compuncion, para que saliendo de sus desórdenes os hallen dispuesto á recibirlos en el seno de vuestra gloria y de vuestra inmortalidad. Amen.



SERMON

PARA EL

TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE LA INCONSTANCIA

EN LOS CAMINOS DE LA SALVACION.

Et fuit novissima hominis illius pejora prioribus.

Y el último estado de este hombre viene á ser peor que el primero.

LUC. 11. v. 26.

La parábola del espíritu inmundo que vuelve al cuerpo de aquel hombre de donde había sido arrojado, y que hace su último estado peor que el primero, no es mas, segun San Juan Crisóstomo, que una profecía encubierta que hace Jesucristo á los judíos de las desgracias que habían de suceder en Jerusalem. Bajo aquellos misteriosos rasgos pretende el Salvador del mundo acordarlos el deplorable estado á

TOM. IV.—P. 25.

que habian reducido aquella ingrata ciudad las iniquidades de sus padres, y el exceso de su misericordia, atenta siempre á libertarla de ellas, y les da á entender que Jerusalem caerá tantas veces en sus infidelidades, que por último se retirará de ella el Señor absolutamente, y que su último estado será peor que el primero: *Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.*

Que es lo mismo que si hablara de este modo: Jerusalem estaba poseida de un demonio cuando imitaba antiguamente todas las impiedades de las naciones, cuando multiplicaba sus altares, cuando se olvidaba del Señor que la habia sacado de Egipto, y cuando los mismos príncipes iban á sacrificar sobre los lugares eminentes, y daban muerte á mis profetas; con todo eso, no la abandoné en aquel estado; suscité otros profetas siervos míos, que la anunciaron mi voluntad; rompí los lazos que la tenían cautiva en Babilonia, la restituí su templo y el altar santo, y arrojé al demonio impuro que se habia apoderado de mi heredad; pero ya que sus delitos continuamente están volviendo á nacer, ya que me paga todas mis misericordias con nuevas ingratitudes y que despues de haber dado muerte á los demás profetas va á llenar la medida de sus culpas, derramando la sangre del hijo y del heredero, tambien yo voy á entregarla á unas calamidades que nunca ha experimentado. Sus muros serán demolidos para siempre; su templo y su altar, en los que pone toda su confianza, no serán mas que unas tristes ruinas; no habrá mas sacrificio, mas tabernáculo, mas sacerdocio ni mas profeta: *Universa arma ejus auferet, in quibus confidebat, et spolia ejus distribuet.*¹ Será presa de un pueblo incircunciso que dividirá entre sí sus

¹ Luc. 11.

despojos, que juntará las águilas profanas al rededor de su cadáver, que la mudará para siempre en una funesta soledad, y su último estado será mucho peor que el primero: *Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.*

Apliquemos, católicos, á nosotros mismos esta espantosa parábola. Nuestra alma, como la infiel Jerusalem, ha sido muchas veces libertada del demonio, y otras tantas le hemos vuelto á recibir en ella; mil veces nos hemos arrepentido y otras tantas hemos vuelto á caer; hemos llorado nuestros injustos placeres, y en el instante siguiente hemos enjugado nuestras lágrimas con otros nuevos; disgustados del mundo y de nosotros mismos, nos hemos vuelto muchas veces al Señor, y al día siguiente disgustados del Señor hemos vuelto á dar al mundo, que nos presentaba nuevos encantos, el corazón que acabábamos de entregarle: hasta ahora siempre han caminado nuestras costumbres bajo esta triste alternativa de culpa y de arrepentimiento; cuantos pasos hemos dado hácia nuestra conversion, otros tantos hemos vuelto á dar hácia atrás; nuestras recaídas han sido tantas como nuestras confesiones. ¡Ah! temamos que el Señor se retire absolutamente de nosotros, y que nuestro último estado sea peor que el primero. Y esto, católicos, sucede porque todos los medios de salud eterna, útiles para los demás pecadores, se hacen inútiles para el alma inconstante; esto es, la inconstancia en los caminos de Dios es entre todas las malas cualidades de una alma la que menos esperanza la deja de salvacion. Esta verdad es tan importante, que ella sola basta para asunto de este discurso. Imploramos, etc.

Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

Aunque la gracia tiene infinitos arbitrios para atraer á sí un corazón rebelde, y aunque muchas veces muda las inclinaciones mas opuestas á la obligación en disposiciones de penitencia, con todo eso, hay algunas almas que por su natural disposición prometen menos esperanza de salvación, y parece que dejan menos caminos á la gracia para atraerlas á la verdad y á la justicia.

Pues este es el carácter de una alma inconstante, que tan presto movida de sus miserias se convierte á Dios, como olvidándose de Dios se deja arrastrar de sus miserias; que tan presto se disgusta del mundo como de la virtud. Hoy parece que está abrasada de celo por sus obligaciones, y mañana desea con mas ansia que nunca los placeres, sin tener mas subsistencia que una continua variedad de resoluciones, que no se puede fijar ni en la gracia ni en el pecado. Este estado es muy comun en el mundo, porque está lleno de este género de almas flacas é inconstantes, en las que aunque infunde la gracia santos deseos y principios de penitencia, destruyen inmediatamente las pasiones estos principios y siempre prevalecen contra la gracia.

A la verdad, es imposible, dice el apóstol, que los que una vez han sido iluminados, que han gustado del don del cielo y de las virtudes del siglo futuro, que han participado del Espíritu Santo y despues de esto han vuelto á caer, se renueven con la penitencia; es decir, para reducir esta verdad á los límites de la fe y de la santa doctrina, y explicar al apóstol, segun su misma sentencia, que los medios ordinarios de que Dios se vale para ganar á los pecadores son,

primeramente, las nuevas luces con que se favorece: *Semel sunt illuminati*.¹ En segundo lugar, el nuevo gusto de la justicia y de la verdad que acompaña siempre los primeros pasos de la penitencia: *Gustaverunt etiam donum caeleste*.² Finalmente, la participacion del Espíritu divino en los santos misterios, los que con la gracia de la justificación dan, por decirlo así, la última mano á la penitencia: *Participes facti sunt Spiritus Sancti*.³ Todos estos medios son inútiles para el alma inconstante de que voy hablando, de tal modo que casi desesperando el apóstol de que su conversión á la virtud sea constante y durable, parece que dice que es imposible, esto es, tan difícil que apenas se halla remedio para las almas de este carácter: oid la prueba de esta verdad.

El primer remedio útil para sacar á una alma del desorden es el conocimiento de la verdad: *Semel sunt illuminati*. Como todo el mundo vive en error y en tinieblas en orden á las obligaciones de la fe, como en él son falsas las máximas, injustas las preocupaciones, peligrosas las reglas y hasta las verdades están mudadas y corrompidas, y como toda la seguridad de los pecadores consiste en su ceguedad, el primer medio de que se vale la gracia para la conversión de una alma mundana, es manifestarla el mundo y la eternidad como en la realidad son, y de un modo que nunca los habia considerado: entonces cae de repente el velo que cubria sus ojos; á cualquiera parte que mire esta alma ve lo que nunca habia visto; ve sus obligaciones, sus esperanzas, sus pasados desórdenes, los motivos que tiene para temer en orden á la eternidad, la nada de las

1 Hebr. 6. y. 4.

2 Ibid.

3 Ibid.

criaturas, el abuso de todos los placeres; el error de todas las fortunas y la vanidad de todo lo que no es Dios. Entonces esta alma, despertando como de un profundo sueño con el repentino resplandor de estas divinas luces, se admira de haber ignorado por tanto tiempo las únicas verdades que la importaba conocer; se asusta de haber estado hasta entonces durmiendo á orillas del precipicio sin saberlo; se confunde de habersepreciado siempre de talento, de prudencia, de capacidad y de conocimiento, sin haberle tenido para el punto mas esencial, y de haberse tan torpemente engañado en orden á sus intereses eternos; y dando la novedad como una nueva fuerza á las impresiones que en ella hace la verdad, se alegra de haber por último abierto los ojos; dice como San Agustin: ¡Oh verdad antigua y siempre nueva, tarde te he conocido y amado! y arreglando sus inclinaciones, sus costumbres, sus obligaciones y sus pesares con estas nuevas luces, mira con desprecio los errores de que en otro tiempo se habia dejado engañar tan tristemente. De este modo, ¡oh Dios mio! sacais todos los dias de los caminos del desorden á muchas almas felices, y abriéndolas repentinamente los ojos para que vean aquella luz que hace conocer la verdad, abris tambien su corazón á los atractivos que se la hacen amar.

Pero este saludable remedio, tan infalible para otros pecadores, es inútil para vosotros, que tantas veces habeis sido iluminados y otras tantas habeis vuelto á vuestras infidelidades; que tantas veces os habeis desengañado de los errores y abusos del mundo, y otras tantas os habeis vuelto á sus engaños; y así casi nada podeis esperar de estas divinas luces, porque ¡qué impresion podrán hacer en adelante en vosotros las verdades de la fe que se os manifiesten? ¡qué os podrán manifestar que ya no háyais visto? Ha-

beis conocido claramente, tanto la vanidad de todas las cosas humanas, como las grandes verdades de la eternidad; y así no serán ya para vosotros nuevas estas luces, ya no podrán asustaros, heriros ni confundiros, y por lo menos habrán perdido para vosotros la admiracion y el atractivo de la novedad, tan feliz para otros pecadores. La primera vez que vieron los israelitas por la noche en el desierto la resplandeciente columna que habia de guiarlos, les atemorizó la novedad del espectáculo, temieron la majestad del Dios que se les manifestaba; el espanto, el temor, la admiracion y el respeto les hizo dóciles á las órdenes del cielo; pero cuando recayeron en sus murmuraciones, aunque se les manifestase aquella luz celestial, no era para ellos mas que un espectáculo ordinario que no les hacia ya impresion y que en nada mudaba sus costumbres.

Leed, amados oyentes míos, en esta figura la historia de vuestras desgracias. La primera vez que Dios os manifestó su luz y que os hizo ver las miserias y llagas de vuestra alma, atemorizados de vuestro estado hicisteis esfuerzos para salir de él; heridos con unas nuevas luces que os descubrian lo que nunca habíais visto, os apartásteis al instante de ciertos peligros y de lo mas reprehensible y abominable que se hallaba en vuestras pasiones; permanecisteis fieles por algun tiempo á la gracia y á la verdad que se os manifestó; pero despues, dejándoos arrastrar de vuestra flaqueza, es verdad que habeis hecho nuevos esfuerzos para romper las cadenas que tan presto os han vuelto á aprisionar; pero si os acordais, estos esfuerzos han sido muy tibios, vuestra compuncion no ha sido tan viva; habiéndoos ya familiarizado con las mas terribles verdades, el horror de vuestro estado no hace tanta impresion en vuestros corazones, y no habeis adelantado tanto con este paso de pe-

nitencia que habeis dado, ni ha surtido tan buen efecto como el primero; de modo que despues, siendo continuamente ilustrados y siempre infieles, llamados contiuanente á la verdad y detenidos siempre por vuestras injustas inclinaciones, no ha sido vuestra vida mas que una triste alternativa de luces y tinieblas; un estado en que la verdad solo se manifiesta para volverse á eclipsar inmediatamente, y solo vuelve á parecer para rendirse á las pasiones que vienen á colocar en su lugar el error y la mentira.

¡Alma infiel! ¿qué recurso puede ya quedarte en el conocimiento de la verdad? ¿qué podrá ésta enseñarte de nuevo? ¿que el mundo es un engaño? ¡Ah! ya lo habias tú misma dicho en los instantes de tu penitencia. ¿Que los placeres no dejan mas que fastidio y un funesto vacío en el corazón? Mil veces te lo habias confesado á tí misma cuando experimentabas sus falsas delicias. ¿Que es cosa terrible el sacrificar una eternidad entera á un instante de embriaguez y de gusto? Esta es la primera reflexion que te acomete aun al mismo tiempo que acabas de cometer el delito. ¿Que un instante puede decidir de nuestra vida? ¿que la penitencia en este último momento no es mas que una desesperacion sin confianza, un temor sin mérito, y finalmente, que se muere del mismo modo que se vive? La reflexion de esta verdad es la que ha producido en tí aquellos intervalos de arrepentimiento que tantas veces has experimentado en tu vida.

¿Qué puede enseñarte de nuevo el mismo Dios? ¿con qué luces te podrá aún favorecer que no hayas ya mil veces seguido y abandonado? ¿qué verdad podrá aún manifestarte que ya no hayas gustado y despreciado, y con la que no te hayas ya asustado y sosegado casi en el mismo instante? Es verdad que aun puede iluminarte; pero esto mas te ser-

virá de nuevo motivo de resistir á la verdad, que de atractivo para seguirla: ya estás familiarizado con ella y con tus pasiones; has juntado en tu corazón la luz y las tinieblas; te has acostumbrado á sufrir la vista de las santas máximas y de tus injustas flaquezas. ¡Ah! ¡ojalá, dice un apóstol, estuvieras todavía en las tinieblas de tu primera ignorancia! ¡ojalá nunca te hubiera iluminado la luz del cielo, y que permaneciendo ciego hasta ahora con el exceso de las pasiones, nunca hubieras conocido la verdad! ¿Por qué os habremos nosotros abierto los ojos desde estos cristianos púlpitos, para que viéseis la infamia de vuestras pasiones y las verdades de la vida eterna? ¿para qué habremos disipado vuestras tinieblas é introducido la luz en vuestros corazones con la eficacia de la divina palabra? Sin querer hemos empeorado y puesto en estado de desesperacion vuestros males; nuestro ministerio, que aun es tan feliz para otros pecadores, es ya para vosotros inútil: ya no somos para vosotros mas que una campana que suena: por haberos explicado *la ley de ios, que convierte á las almas*,¹ os hemos quitado el remedio para la eterna salud y el medio de conversion que veniamos á ofrecerlos: *Mellius erat illis non cognoscere viam justitiae, quam post agnitionem retrorsum converti*.² Ignorando los judíos al volver de su cautiverio el libro de la ley, que tanto tiempo antes habian perdido, y que ya casi habian olvidado, se deshacen en lágrimas á la primera lección que les hace el piadoso Esdras, se dan golpes de pechos, despiden las mujeres extranjeras, se abstienen de los desórdenes en que les habia precipiado el comercio con las naciones extrañas, y arreglan sus cos-

1 Psalm. 8. v. 8.

2 2. Petr. 2. v. 21.